

NOTAS PARA LA HISTORIA DE LA ESCLAVITUD EN SANTO DOMINGO (POR V.A.D.)

Estas cortas notículas relativas a la esclavitud en Santo Domingo, materia cuya bibliografía es extremadamente escasa, han sido extractadas en gran parte de las conocidas obras de Saco, de Coll y Toste, de Ortiz, de Díaz Soler, de Larrazábal Blanco, de Rodríguez Demorizi y de otros autores antillanos, así como de documentos de muy diversa procedencia, fueron compiladas sin pretensiones y su escaso interés está a la vista. Se publican, empero, por la utilidad que puedan reportar a los estudiosos de tan importante tema. Anteriormente habíamos publicado las *Ordenanzas para el gobierno de los negros de la isla Española*, presentados a la Real Audiencia el 27 de abril de 1768, en los *Anales de la Universidad Autónoma de Santo Domingo*, número 57—60 S.D. enero—diciembre de 1951, manuscrito procedente de la Biblioteca Nacional de Madrid, con varias anotaciones.

1.— Para el año de 1493, al iniciarse la colonización del Nuevo Mundo, los Reyes no pensaban en enviar negros a la nueva empresa, pero ya para 1501 habían cambiado de parecer.

2.— A tono con la nueva política, el gobernador Ovando le pedía al rey, en un Memorial de 15 de septiembre de 1505, que autorizase nuevamente la introducción de africanos en La Española; petición a que accedió la corona y con la cual se reinició la introducción de esclavos.

3.— La intención de los monarcas españoles fué desarrollar la agricultura, la industria y el comercio en las Indias con el trabajo de hombres blancos. Pero la escasez de brazo indígena y la indiferencia del español hacia el trabajo manual puso al Estado en la necesidad de desarrollar sus proyectos colonizadores mediante la utilización de esclavos negros.



4.— No obstante su coterraneidad con Haití, la parte española de la Isla no ha sido nunca escenario de luchas raciales y jamás ha arraigado en su suelo un prejuicio colectivo de una raza contra otra. No existió prejuicio ni siquiera en los tiempos de la esclavitud.

5.— Desde los mismos días de la colonización se inició la fusión de las tres razas y su consecuencia étnica convirtió al pueblo dominicano en una familia esencialmente mulata.

6.— En Memorial que en 1518 hizo al rey Fray Pedro Mejía le aseveraba que un esclavo negro podía desempeñar la labor de cinco indios; que dos eran capaces de reemplazar diez indios, y veinte eran suficientes para hacer el trabajo de cien. Creía el fraile dejar demostrado en esa forma la capacidad productora del negro en relación con el indio.

7.— Cuando Santo Domingo se reincorporó a España en 1861, hacendados puertorriqueños pretendieron reclamar los esclavos que desde 1822, cruzando en yolas el canal de la Mona, arribaban a nuestras costas en donde quedaban libres. Una real orden de 24 de junio de 1861 prohibía aquellas reclamaciones. Dicha orden estableció además que “bajo ningún concepto se consienta que en la isla de Santo Domingo se entable procedimiento alguno para averiguar el paradero de esclavos procedentes de Cuba y Puerto Rico, que se hayan refugiado en aquella isla antes de su reincorporación a la nación española”.

8.— El 20 de enero de 1535 escribía el Padre Las Casas desde Puerto Plata al Rey y al Real Consejo de Indias: “El remedio de los cristianos es este, muy cierto, que S.M. tenga por bien de prestar a cada una de estas Islas quinientos o seiscientos negros, o los que pareciere que al presente votaren para que se distribuyan por los vecinos, e que hoy no tienen otra cosa sino Indios”. Poco tiempo después, profundamente arrepentido, escribió en su *Historia de las Indias*: “Este aviso, de que se diese licencia para traer esclavos negros a estas tierras, dió primero el clérigo Casas, no advirtiéndolo la injusticia con que los portugueses los toman y hacer esclavos, el cual, después de que cayó en ello, no lo diera por cuanto había en el mundo, porque siempre lo tuvo por injusto y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es dellos que de los indios”.

9.— Desde que se implantó en Santo Domingo la esclavitud comenzaron las deserciones. Así se desprende de la respuesta que en 29 de marzo de 1503 dió el Rey al Gobernador Ovando: “En cuanto a los negros esclavos,



que dezis, que no se envíen allá porque los allá avía se an uydo, en ésto. Nos mandamos, que se faga como lo dezis”.

10.— La primera rebelión de esclavos verificada en Santo Domingo, que lo fué también en el Nuevo Mundo, tuvo lugar el 27 de diciembre de 1522, en el ingenio *Nueva Isabela*, situado en las proximidades del río Nizao, propiedad del virrey don Diego Colón. Dieron muerte a varios españoles y pretendieron sublevar a las dotaciones de los otros trapiches de la comarca. Fué vencida y los cabecillas murieron en la horca.

11.— La segunda rebelión de que hay noticia tuvo lugar en las postrimerías del siglo XVI, de negros y grifos, y cuya guarida lo fué la sierra del Baoruco, ya ilustrada por el cacique Enriquillo, Los sacó de allí pacíficamente el capitán Antonio de Ovalle, quien recibió remuneración y fué agraciado con el cargo de corregidor de dichos negros y grifos con asiento en San Juan de la Maguana, en setiembre de 1602.

12.— La mas importante insurrección de que hay noticias fué la del Maniel, a mediado del siglo XVII. Los esclavos se huían a las montañas, a las sierras y ya para 1662 estaban agrupados en cuatro pueblos y pasaban de dos mil personas. Este es un capítulo de nuestra Historia que no ha sido todavía estudiado debidamente, y para la cual hay que buscar la documentación que se encuentra en el Archivo de Indias, de Sevilla. En esas serranías los escapados esclavos se organizaron en gobierno y administraban justicia. Permanecieron por mas de veinte años.

13.— Parece que al mismo tiempo en el valle de Guaba hubo una sublevación de blancos contra las Devastaciones de Osorio, y otras de negros, acaso por la misma causa.

14.— La prohibición de introducción de negros esclavos en La Española dictada en 1503 por la Reina Isabel la Católica, fue revocada por el Rey Fernando después de la muerte de aquella, acogiendo para ella el Memorial que en 15 de septiembre de 1505 le presentó Ovando.

15.— Los españoles no fueron en realidad traficantes de negros; la trata fue un campo que quedó abierto a portugueses, ingleses, franceses y holandeses, quienes se dedicaron al negocio en grande escala.

16.— Se designaba con el nombre de *Cimarrones* a los esclavos que, teniendo dueño, se huían al monte y se convertían en montaraces.



17.— A solicitud de los P.P. Jerónimos los P.P. Dominicos rindieron un informe recomendando la introducción libre de los negros africanos, que en ese tiempo se cotizaban a cuarenta pesos cada uno en el mercado de Sevilla.

18.— Una real orden del 20 de diciembre de 1796 estableció un Reglamento y Arancel para la captura de esclavos prófugos o cimarrones. Este Reglamento clasificó a los negros prófugos en *cimarrones simples* y *apalancados*. Los primeros eran aquellos que se hallaron a tres leguas de la casa del amo. Cualquiera podía capturarlos, recibiendo recompensa por la captura.

19.— Los negros *apalancados* preocupaban mucho a las autoridades. Los *palenques* eran constituídos por siete o más negros cimarrones, reunidos en el monte formando rancherías.

20.— El que tratare con esclavo cimarron, lo ocultare en su casa, le diese de comer, o le avisare que le buscaban, incurría si era negro o mulato en pena de un año de grillete.

21.— La persona que capturaba un negro cimarron debía entregarlo dentro de un término de 72 horas.

22.— Tres disposiciones reales del siglo XVI ofrecían el perdón a todo esclavo cimarron que abandonara el monte para entregarse voluntariamente a su amo, pero esta benevolencia real no dió resultado satisfactorio y se insistió en la aplicación de los castigos.

23.— Los traficantes de la trata argumentaban que arrancar el negro de las estrañas de Africa, era una labor humanitaria y cristiana, porque se estaba transformando un salvaje, un hereje, en individuo capaz de disfrutar de los goces de la civilización occidental.

24.— Tanto auge tomó el negocio de la *trata*, que pronto se sintió la necesidad de recurrir a la organización de compañías comerciales para una explotación.

26.— Cuando el negro capturado en Africa, sometido al látigo durante la travesía atlántica, llegaba a tierras de América, era sometido a la marca del *carimbo*, hierro que mostraba el sello de la real hacienda al extremo opuesto de la agarradera. Los oficiales reales que imponían el *carimbo* que



era igual a la estampa que se pone al ganado (vacuno, caballar, asnal y mular), procedían a cobrar los derechos fiscales por cada pieza.

26 bis.- Los indios, en los primeros tiempos de la conquista, eran *carimbados* con una estampa que tenía F, monograma del Rey Católico, indicación de que era esclavo del monarca.

27.- Los negros que entraban de contrabando no escapaban a la odiosa marca del *carimbo*, pues los que se dedicaban al tráfico ilegal se preveyeron de hierros falsificados con la marca oficial, y con ellos marcaban a los negros importados en contravención de la ley, evadiendo así el pago del impuesto aduanero.

28.- El carimbo. El 4 de noviembre de 1784, fué abolido por real orden el terrible hierro que con el nombre de *real marca* se ponía en la piel de cada africano, después de pagado el tributo de importación por su dueño, para poder justificar en todo tiempo que la *pieza* había sido introducida legalmente.

29.- Hay constancia de que Sevilla llegó a convertirse en un emporio comercial negrero de tal magnitud, que se formó un barrio de negros "con casilla, ordenanzas y policía especiales". Los andaluces fueron los que con mayor empeño se dieron a la explotación del comercio africano.

30.- En las *Instrucciones* a Frey Nicolás de Ovando, del 16 de septiembre de 1501, se autorizó la introducción al Nuevo Mundo de negros esclavos, ladinos, en poder de cristianos. Se pensaba que se convertirían en agente propagador de la civilización entre los indios; pero ocurrió a la inversa, pues el negro aculturado fué portador de los vicios y pervirtió al indígena y ambos se fugaban al monte en busca de la libertad. El éxodo fué tan alarmante, que en 1503 el propio Ovando pidió la prohibición de entrada en La Española, petición que fué favorablemente acogida por la Reina Isabel la Católica.

31.- Algunos amos ordenaban cortarles las pestañas a los negritos de diez y doce años que trabajaban en los ingenios para que no se durmieran durante la noche en la época de la molienda. Semejante barbaridad no se practicó en Santo Domingo.

32.- En algunas haciendas se obligaba a las negras saludables a cohabitar con negros fuertes y sanos con la intención de desarrollar negros



de buena calidad. Las esclavas que ofrecían resistencia a la voluntad del amo, eran torturadas hasta que cedían a la unión sexual con el negro escogido.

33.— El boca-abajo. Consistía en amarrar al esclavo por los brazos y piernas en cuatro estacas con el cuerpo boca abajo, y pegarle con la rabiza de un látigo en la espalda desnuda haciéndolo estallar. Si era hembra y estaba en estado de embarazo, se hacía un hoyo en la tierra para colocar el vientre abultado y evitar que se perdiera la futura pieza.

34.— Otro instrumento de tortura era el *cepo* formado por dos maderos que al unirse dejaban al centro unos agujeros redondos, en los que se aseguraban la garganta, las piernas o las manos del esclavo. Hubo época en que colocaban a la víctima en el *cepo* con la cabeza para abajo.

35.— Los negros prófugos capturados eran amarrados por las muñecas a la cola del caballo del amo. Este montaba el corcel y el esclavo estaba obligado a seguirlo al paso del caballo.

36.— Existía el castigo de la *argolla* o *collares de hierro*, que consistía en colocar una pieza de hierro en forma de argolla alrededor del cuello del esclavo delincuente.

37.— Otro sistema de castigo la constituyó el *grillete* y el *mono*. El primero era una argolla o aro de hierro con un perno que servía para asegurar una cadena a alguna pared, o al *mono*. Este último era un trozo de madera como de tres arrobas, que quedaba sujeto al grillete por medio de una cadena. El esclavo castigado a *mono* y *grillete* tenía que cargar aquel madero a todos los sitios que iba hasta tanto se diera cumplimiento al castigo.

38.— Una real orden de 24 de junio de 1861 prohibía que individuos de color pasaran de las islas de Cuba y Puerto Rico a Santo Domingo. Otra real Orden de 4 de diciembre del mismo año derogó aquella prohibición, permitiéndose la emigración de negros libres de ambas islas a la recién incorporada, adoptándose al mismo tiempo las precauciones debidas para evitar que se fugaran los negros esclavos. Como se sabe para entonces había muchos dominicanos de color en Cuba y Puerto Rico, para cuyas islas comenzó la inmigración desde la cesión de Santo Domingo a Francia. Muchos de los dominicanos emigrados o sus descendientes, abrigaron



siempre el retorno, algunos con la esperanza de reclamar propiedades rurales y urbanas; y como se creyó que la Anexión establecería una paz estable, ya que desde la separación se estaba en guerra internacional, pensaron que era llegado el momento del regreso a la tierra natal.

39.— Como en el Convenio anexionista de 1861 se especificaba que la esclavitud no se restablecería en Santo Domingo y que no se permitiría bajo ninguna forma, ya que todo esclavo que pisara su suelo quedaría libre por ese sólo hecho, es indudable que la Anexión constituyó un golpe mortal para la esclavitud en las dos islas hermanas y apresuró su abolición.

40.— La contribución del negro a la cultura dominicana data desde su aparición en nuestro suelo al comenzar el siglo XVI, y ha sido constante.

41.— Con el negro esclavo arribaron a estas tierras los ritmos misteriosos y sensuales de su música, impregnada de espiritualismos propios del corazón de Africa, sus tradiciones y costumbres. Hoy sólo se perciben ligeros rasgos de lo que importaron los negros.

42.— Es cierto que desde nuestros días virreinales tuvimos rebeldías de esclavos, pero jamás se conoció en esta parte de la Isla un movimiento general de insurrección, como sucedió en Haití, a fines de la décima octava centuria.

43.— La subyugante atracción de las núbiles esclavas y sus maravillosos encantos sexuales, fueron poderosos factores en la formación de la familia colonial. Padres e hijos se disputaban la cohabitación con las esclavas.

44.— Pablo Aly, fué de los esclavos de la colonia francesa del Occidente de la Isla que combatiendo con Toussaint alcanzó su libertad. Fiel a su jefe, pasó al servicio de España, pero cuando el caudillo libertador retornó a las filas francesas, él permaneció en las españolas y se radicó en la ciudad de Santo Domingo, donde fué comandante del llamado *Batallón de morenos* mientras este existió. Procedió siempre con el más diligente oportunismo y logro bien hallarse en las diversas situaciones políticas que se sucedieron atropelladamente hasta 1843 en esta parte de la Isla. En marzo del año acabado de mencionar, actuó contra el movimiento revolucionario llamado de *La Reforma*, pero una vez triunfante ésta se acomodó a la nueva situación y en abril siguiente lo encontramos ocupando el importante puesto de gobernador del Departamento de Santo Domingo, cargo que desempeñaba cuando ocurrió su fallecimiento a



mediados de febrero de 1844, ya en la vigilia de la separación dominicana. El día ocho de los citados mes y año dictó su testamento ante el Notario Público José María Pérez hijo. Era casado con “la ciudadana Constançe” con quien no procreó hijos, motivo por el cual constituyó herederos “a mis sobrinos Sofi Aly y a Victoria Aly, hijos de mi sobrino José Aly”. Pues bien, el general Pablo Aly, cuya casa morada se encontraba “situada en la calle que corre del hospital militar (de San Nicolás) al callejón del ex convento dominico, islote número veinte y seis del primer cuartel”, fué hasta febrero de 1822 dueño de esclavos, él, que lo había sido en su juventud.

44 bis.— Muchos fueron los antiguos esclavos que después de la abolición adquirieron estimable patrimonio y fueron dueños de fincas urbanas y rurales. De fecha 17 de mayo de 1844, cuando apenas había brillado el sol de la Independencia, “María Manuel Guillén, natural de la costa de Africa, y domiciliada en esta ciudad” otorgaba su testamento ante el Notario J.M. Pérez hijo, consignando que no nombraba sus “padres en razón de no haberlos conocido”. Otro testamento cuya copia tenemos a la vista, es del 18 de octubre de 1854, diez años después del advenimiento de la República, otorgado ante el mencionado Notario Público por “la Señora Rita Almonte, natural de Africa, y de este domicilio”, quien declaró: “Mi nombre es como lleva dicho, hija de padres no conocidos por razón de ser natural de Africa, y haber venido a esta ciudad en la infancia”. Entre nosotros fué costumbre bastante extendida que los esclavos adoptaran el nombre de sus amos y el cual conservaban no obstante su manumisión, y lo transmitían a su descendencia.

45.— El último esclavo ajusticiado en Santo Domingo de que hay noticia, lo fue *Juan el negrito*, el 29 de julio de 1819, por haber dado muerte a su amo don Juan Bautista Alcalá, natural de Cumaná, deudo del Gran Mariscal de Ayacucho; casado con Francisca Fernández Palomares, con quien había procreado cinco hijos, uno de los cuales, Esteban, pereció en 1831 en un naufragio frente a la isla Saona, y otro Diego Antonio, figuró en las filas libertadoras venezolanas y para 1844 vivía en Caracas. La Señora Fernández Palomares contrajo segundas nupcias con Miguel Lavastida Aguirre, capitán de milicias, y falleció viuda en 1844. Su hijo don Miguel Lavastida prestó importantes servicios al país y figuró entre los políticos mas notables.

46.— En el año 1812, según documento dado a conocer por el Lic. Manuel de J. Pérez Morel, una joven de Santa Cruz del Seibo le otorgó



carta de libertad a un esclavo, joven también, y contrajo matrimonio con él. Ese fué, como escribió el culto abogado y agrimensor seibano, un esclavo afortunado. Eran los tiempos de la llamada *España boba* en que los dominicanos” mas bien que vivir, vejetaban; pero vejetaban contentos, como escribe don Emiliano Tejera, porque el gobierno era paternal, y todos, gobernantes y gobernados, libres y esclavos, formaban casi una familia”.

47.— En 1805 intervino el gobernador Ferrand en la venta en pública subasta “de cuatro piezas de esclavos pertenecientes a la sucesión de Doña María Reynoso, vecina que fué de la ciudad de Santo Domingo.” El propio General Ferrand fué propietario de esclavos al ser restablecida por el gobierno francés en 1802 la ominosa esclavitud en la antigua Parte Española de la Isla.

48.— En 1820 llegaron a Santo Domingo los últimos esclavos africanos. Los importadores fueron los comerciantes catalanes establecidos aquí desde años atrás, Pablo Pujol, casado con una dama de Santiago, José Basora y Francisco Travieso. Los importados, entre los cuales se contaban varios niños, fueron bautizados en la parroquia de Santa Bárbara, según consta en los libros parroquiales. Travieso, que trajo una veintena, era dueño de varias propiedades en Higüey, donde en 1800 había nacido su hijo José María Travieso alias *Pepe*, falleció en 1882, progenitor de larga descendencia, y quien prestó importantes servicios a la causa nacional en 1844, aportando recursos económicos, y luego actuando como restaurador y como opositor a los proyectos anexionistas de los *seis años*

49.— La última insurrección de negros que registran los anales patrios, con la cual se cierra el ciclo heroico iniciado en 1522 en las márgenes del río Nizao, tuvo principio de ejecución en el paraje de Monte Grande, al Este de la barriada de Villa Duarte, contiguo a Jainamosa, en la madrugada del 28 de febrero de 1844. Allí se habían avicinado muchas familias que en el año de 1822, al efectuarse la invasión de Boyer, habían adquirido su manumisión, o sea su libertad; y abrigaban con fundamento el temor de que al terminar el dominio de Haití, o sea al retirarse los haitianos de nuestro territorio, volviera a establecerse la esclavitud como había sucedido hacia solamente unas decadas, cuando se retiraron los haitianos de Toussaint en 1802. Hay que recordar que para 1844 la odiosa institución de la esclavitud tenía vigencia en todo el Nuevo Mundo, con la sola excepción de Haití, pues ninguno de los grandes libertadores de América había quebrado las cadenas de los negros esclavos, ni los



gobernantes hasta entonces lo habían hecho. Para que se pueda medir el peligro de aquel motín, “debemos recordar que Desgrotte les había avisado a los negros de Monte Grande, entre los cuales se hallaban muchos venidos de Africa en tiempo de la España Boba, que los conjurados de la Puerta del Conde pensaban restablecer la esclavitud” Felizmente aquel comienzo de sublevación, último de su género entre nosotros, fue oportunamente debelado. Don Tomás Babadilla, acompañado por don Manuel Jiménes, se retiró del Baluarte del Conde con la prontitud que demandaba la gravedad del caso, “se trasladó inmediatamente a dicho lugar, convenció a sus habitantes de que Desgrotte los engañaba, les prometió dar el decreto abolicionista (que se publicó el siguiente día) y volvió a la ciudad acompañado de ellos, y convertidos en resueltos soldados de la Separación. A Santiago Bazora, Jefe principal de los montegranderos, se le hicieron las primeras bocamangas con una casulla vieja del piadoso presbítero y notable juriconsulto Dr. José Ma. Bobadilla, hermano de D. Tomás” (Dr. Alcides García Lluberes: *Duarte y otros temas*, pág. 119-20).

50.— En su fecundo apostolado patriótico Juan Pablo Duarte, al decir de Tejera, “hasta se enorgulleció con el antiguo esclavo dominicano que, sintiéndose superior en todo a su dominador exótico, sufría con impaciencia su dominio, y anhelaba el momento de probarle, que en la tierra dominicana no había división de castas ni de condiciones, y que todos sus moradores formaban una sola familia unida por la religión y el amor, y dispuesta a confundir sus esfuerzos y su sangre en las luchas gloriosas por la libertad” La militancia sin distinguos que hubo siempre en las guerras de la Separación Dominicana, saca verdadero al historiador Tejera, quien señala además refiriéndose a la Ocupación haitiana de 1822, que aparejó la abolición de la esclavitud por segunda vez, “que sólo algunos pocos esclavos habían quizás deseado entre las amarguras de su triste condición”.

51.— En el municipio de Higüey al producirse en 1822 la abolición, la generalidad de los agraciados se radicaron en los parajes rurales de la Estancia, de Jobodulce y de Gato, iniciándose entonces la fundación de este poblado a donde se encaminaron los que habían pertenecido a don José María Travieso. Siempre mantuvieron buenas relaciones con sus antiguos amos.

52.— Cuando ocurrió la invasión haitiana, un niño de siete años, pues había nacido en 1815, llamado Cleto de los Santos, se quedó viviendo en el fundo de su antiguo amo don José Villavicencio, en Hato Viejo, adoptó su apellido e ilustró el nombre de Cleto Villavicencio en la batalla de las



Carreras el 21 de abril de 1849, apoderándose heroicamente de un cañón y derribando de un lanzaco a un bravo general haitiano.

53.— El convenio anexionista de 1861 es una demostración palpable del sentimiento antiesclavista de Santana. Sus padres, que fueron propietarios acomodados y él mismo que fue hatero, nunca tuvieron esclavos; cuando la odiosa institución fué abolida en nuestro país, en 1822, ya él era mayor de edad. Tampoco fueron esclavistas los padres de Duarte, que eran acomodados, dueños de fincas urbanas y rurales.

54.— Palenque es hoy nombre de lugar; antes era donde los esclavos fugitivos se reunían para hacerse fuertes, escogiendo parajes montañosos y de difícil acceso, formando caseríos y haciendo conucos. Una Real Cédula de diciembre 20 de 1796 llamaba *apalancados* al grupo cuando pasaban de siete los alzados. Cuando eran menos de éste número, no formaban palenque y se estimaban como simples *cimarrones*.

55.— Aunque a los empresarios de la trata les era más ventajoso traficar sólo con hombres, no solían dejar de traer a las hembras que podían capturar en las costas de Africa, pues los dueños de esclavos las adquirían para el servicio doméstico y para que convivieran con los esclavos y produjeran como el ganado. Hemos visto testamentos y documentos parroquiales que evidencian que todavía en los últimos cargamentos vinieron mujeres africanas. Las mas atractivas caían en las garras pecaminosas de los amos. Había esclavas que eran verdaderas Venus de ébano.

56 bis. — Es versión muy socorrida de que el Dr. José Núñez de Cáceres, manumitió sus esclavos cuando el primero de diciembre de 1821 proclamó la Independencia. Se sabe además que entre sus propósitos libertadores entraba la creación de un fondo estatal para la abolición gradual de la esclavitud con indemnización a favor de los amos.

56.— Parece que es al hecho abolicionista de 1822 a que se refieren los próceres Sánchez y Cabral en su Manifiesto antianexionista dado el 30 de marzo de 1861 en San Thomas, al decir que “La parte Española de la Isla de Santo Domingo después de proclamar su independencia en 1821, y después de haber permanecido libre durante 22 años, unido a la parte del Occidente, vió coronados sus deseos elevándose al rango de Nación libre e Independiente el 27 de febrero de 1844 con el reconocimiento y protección moral de las grandes potencias civilizadoras; en cuyo número entró la misma España”.

57.— Muy solícita fué siempre la caridad de la Iglesia por los negros esclavos traídos de Guinea. Desde el primer Sínodo Diocesano de que hay

memoria, celebrado en tiempo del obispo don Alonso de Fuenmayor, a fines de la primera mitad del siglo XVI, se estatuyeron piadosas disposiciones en favor de los esclavos, lo que revela que la Esposa del Cordero inmaculado tuvo preocupación por aliviar su desventura. En 1969 apareció un folleto, separata de la *Revista Española de Derecho Canónico*, titulada *El Concilio Provincial de Santo Domingo y ordenación de negros e indios*, debido a la erudita pluma de Monseñor Hugo Eduardo Polanco, Arzobispo-Obispo de Higüey.

58.— En los días de la Ocupación Militar Americana, un alto oficial del ejército invasor que desempeñaba una Secretaría de Estado, se mostró molesto al tener que tratar con un funcionario criollo que era de color, y no quería recibirlo en su despacho. Don Agustín Aristy, para entonces Tesorero Municipal del Ayuntamiento de Santo Domingo, quien se dió cuenta de la renuencia del Coronel Americano en el asunto, no tuvo empacho en advertirle “que el negro dominicano tiene personalidad propia, don de gentes y distinción personal”. Cuando algún tiempo después el periodista y poeta venezolano René Borgia, que había visitado el país en unión del poeta español Francisco Villaespesa, decía lo mismo en Nueva York, el escritor Manuel F. Cestero le advirtió que coincidía con la apreciación del General Aristy, y así lo recordó en su revista *Sin nombre* (Núm. 4, mayo 1920).

59.— El profesor don Pablo Barinas Medina, discípulo de Hostos, conocedor de nuestra etnografía, decía que los restos de los *yorubas* importados a fines de la décima nona centuria, fuertes, altos y robustos, se conservaban en las lomas de Santá María, al norte de San Cristóbal, y que fueron los que en 1845 secundaron al general Manuel Mora en el conato de insurrección que tuvo lugar en ese municipio durante la celebración de una revista militar, en que se reclutaba. En Cuba llamaron lucumi a los yorubas.

60.— Es curioso que no obstante nuestro vecindad con Haití, la cultura africana se desvaneció intensamente en esta parte de la Isla. Se fusionó con la española y con la aborígen, lo mismo que la raza. La trabazón étnica de la familia dominicana está compuesta por las tres; de ahí la ausencia absoluta de prejuicios raciales.

61.— Al general don José de la Gándara le fué dable observar, cuando residió entre nosotros como gobernador y capitán general, que “el régimen republicano y la influencia de Haití, que propendía a la superioridad de la raza negra, establecieron y fundaron sólidamente la igualdad civil y política de los individuos de familia africana y los de familia europea, dando a todos los mismos derechos y reconociéndoles idéntica participación en los negocios del Estado.”



62.— El insigne hijo de Baní Máximo Gómez, dice que en Cuba vió “por primera vez, cuando con un látigo se castigaba, sin compasión, a un pobre negro, atado a un poste, en el batey de una finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir aquella noche y me parecía aquel negro uno de los muchos que aprendí a amar y respetar al lado de mis padres. Por mis relaciones con cubanos entré en la conspiración, pero yo fuí a la guerra, llevado por aquellos recuerdos, a pelear por la libertad del negro esclavo; luego fué mi unión contra lo que se puede llamar esclavitud blanca, y fundí en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mi vida; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la revolución para buscar en ella la libertad del negro esclavo”. De la pluma viril del héroe de tantos combates salió este axioma: “No hay diferencia de sangre ni de razas.” Y como buen dominicano solía decir: “Yo sólo creo en una raza: la humanidad! ”.

63.— El distinguido publicista haitiano Gustavo D’Alaux en su obra relativa a Soulouque y su Imperio, consigna que “el estado social de la parte española de Santo Domingo ofrecía, en la época de la primera revolución, un contraste completo con la parte francesa. En la española todo estaba organizado para la fusión de las dos razas, la blanca y la negra. Sus Leyes de Indias, las costumbres españolas con sus tendencias de igualdad práctica, que no excluía la subordinación, sino que le daba carácter patriarcal, favorecían esta aproximación.”

64.— En la parte francesa de la Isla, en las plantaciones, cafetales, vegas de tabaco... se exigía a los esclavos una labor muy por encima de sus energías y se les mantenía en un estado inferior al que demandaban sus escasas necesidades. En cambio, en la parte española, al decir de autores franceses como Moreau de Saint-Mery, “los esclavos de los españoles son mas bien los compañeros de sus amos, que sus siervos.”

65.— Cuando la famosa invasión inglesa de 1655 capitaneada por el almirante Penn y el general Venables, cuyo desembarco se efectuó por la comarca mas densamente poblada de esclavos, estos se unieron a sus amos y tomaron las armas contra los invasores, no obstante estos ofrecerles su manumisión. Cuando caían prisioneros y se negaban a seguir al invasor, eran *dejarretados* para que quedaran inútiles.

66.— Desde muy antiguo, pero mas acentuadamente durante el período histórico que nuestro pueblo llama de la *España boba*, los esclavos eran bautizados con el apellido de los amos. Los registros que se conservan en los escasos archivos parroquiales así lo atestiguan. Por cierto que los párrocos solamente llevaban un libro para asentar los bautismos. No había



uno para "blancos" y otro para "negros", como en Cuba y Puerto Rico, por ejemplo. A lo menos no hemos podido comprobar lo contrario.

67.— Cuando el Bachiller Alonso de Castro fue nombrado Tesorero Real de La Española, en donde tenía muchas grangerías en término de la Concepción (La Vega), se le permitió por Cédula expedida en Toledo el 8 de Julio de 1525, que introdujera doscientos negros para fomentar la crianza de ganados, caña de azúcar, cañafístola y otros cultivos.

68.— En febrero de 1538 corsarios franceses desembarcados en Puerto Hermoso hicieron copiosos robos, mataron alguna gente y se llevaron quince esclavos pertenecientes a las dotaciones de los ingenios cercanos, así como tres mil arrobas de azúcar de los mismos.

69.— La intensificación del cultivo de la caña fué la causa principal del tráfico de esclavos en las Indias. Por cierto que el introductor de la caña de Azúcar en La Española fué su propio descubridor Don Cristóbal Colón, en su segundo viaje, según lo consigna en el Memorial que envió a los Reyes en 30 de enero de 1494, y el cual aparece en el tomo primero de la Colección de Navarrete. Entre la producción de azúcar y el comercio de esclavos hubo siempre estrecho enlace en la economía antillana.

70.— Como la despoblación y decadencia de la isla de Santo Domingo se acrecentaba de una manera alarmante, a causa principalmente de las emigraciones a Tierra Firme y a las otras islas, en 1527 algunos vecinos principales presentaron al Rey un proyecto de Población; y una de las medidas que señalaron fué la de que a cada uno de los peticionarios se les dejase introducir libre de impuestos cien negros y cien negras.

71.— Conviene señalar, escribe Rodríguez Demorizi, que como era hábito de los esclavos tomar el apellido de sus amos, en muchos casos hay dos familias dominicanas del mismo nombre, sin ningún lazo de consanguinidad, pero si unidas por un vínculo afectivo tan vivo como el parentesco; una familia blanca, de la que fueron amos, una de color, de los que fueron esclavos; huelga señalar ejemplos, por demás conocidos entre nosotros.

72.— Para 1554 don Francisco Dávila, dueño de la capilla llamada de los Remedios, que se conserva aún en la antigua calle de las Damas, constituyó su Mayorazgo y declaró que era dueño de doscientos esclavos negros, macho y hembra, "todos errados de mi nombre en la cara, con todo el multiplico que multiplicare de aquí adelante". Años mas tarde se prohibió la marca en la cara y solamente se practicaba la marca real en las asentaderas, o sea el *carimbo*, que en Cuba llamaban *calimba*, terminantemente prohibida por real cédula de 4 de noviembre de 1784.



73.— El ilustre Arzobispo de Santo Domingo Don Fray Fernando Portillo y Torres, que tan valerosamente patentizó al Rey la iniquidad pactada en Basilea en 1795 que traspasaba nuestro territorio “como un hato de bestias” a la Francia, fué generoso con sus esclavos. En su testamento ordenó: “Al negro Juan José, que le ha servido diez años como criado inmediato y ayuda de cámara, a quien junto con su mujer Rita les dió libertad en esta ciudad, se le darán trescientos pesos. A Domingo y su mujer Inés, que los compró bozales y les dió libertad, respecto al servicio que le han hecho de cocineros, se les darán doscientos pesos. A Carlos y Juana, que también les tiene dada libertad, se darán cien pesos a cada uno. A Dionisio y Ciprián, esclavos, que se les de libertad como tiene mandado en el poder, y por sus servicios cien pesos a cada uno.”

74.— Otra muestra de prelatia generosidad la encontramos en el testamento del Arzobispo de Santo Domingo Don Francisco Mendigaña y Almendáriz, cuya promoción a la Sede Primada de América data del año 1724, y quien en una cláusula del mencionado documento estatuye: Item.º Es mi voluntad que Beatriz, mi negra, quede libre de esclavitud, así por los buenos servicios y cuidado con que me ha asistido en todas mis enfermedades, como por su mucha edad, y que se le den cincuenta pesos si alcanzaren de mis bienes, y pido y encargo a mi sobrino don Juan, la tenga en su casa mirándola con caridad por amor de Dios todo el tiempo que fuere su voluntad.”

75.— El cruce del río Duey por el camino que conduce de la población a la sección de La Estancia, en el municipio de Higüey, se conoce como el *Paso de Jorge*, nombre de un antiguo esclavo que alcanzó su manumisión cuando la *Libertad de la Palma*, quien construyó su vivienda, un modesto bohío de Yaguas, contiguo al empinado barrancón que también tomó su nombre. *Seño Jorge* pasó a mejor vida en 1891, cuando se le atribuían como cien años de edad. Se ganaba la vida majando arroz y café en distintas casas de la ciudad, cuyas calles recorría con una pesada y lustrosa *mano de pilón* en las horas matinales. Muchos años después de la muerte de Jorge montaron una *tenería* junto al barrancón de Jorge.

76.— Al igual que Núñez de Cáceres otro compatriota y contemporáneo suyo, don José Francisco Heredia, probó magistrado de las Reales Audiencias de Caracas y México, progenitor insigne del Cantor del Niágara, fué adversario de la esclavitud y abogó por su gradual abolición total, formulando para ello “ardientes votos” —al decir de un historiador cubano— en las interesantes notas que adicionó a la traducción que hizo de la *Historia de América* de William Robertson, afamado historiador inglés del siglo diez y ocho.



77.— El Arzobispo Dr. Don Tomás de Portes e Infante tenía un esclavo que había heredado de sus padres, llamado Manuel de la Concepción, y quien al operarse la abolición de 1822 prefirió permanecer junto a su antiguo amo debido al buen tratamiento que siempre recibiera. Un día, refiere el historiador canónico y licenciado don Carlos Nouel, al ver al Presidente Santana subir las escaleras de la casa arzobispal acompañado de muchos oficiales armados, sintió tanto temor mezclado a ira, que perdió repentinamente el uso de la razón y corrió a su aposento en donde se quitó la vida ahorcándose. Este tristísimo acontecimiento que tanto afligió al bondadoso y pío Prelado, ocurrió, según don José Piñeyro que lo registra en sus Apuntes, el 23 de febrero de 1850. Según algunas estadísticas los suicidios eran muy raros entre los esclavos y lo es también en las personas ancianas. Este suceso fué muy sonado y una errada tradición ha pretendido colocarlo después del desagradable incidente escenificado entre Monseñor Portes y el General Santana, que como es muy bien sabido acaeció el 14 de marzo de 1853 en el Palacio del Congreso Nacional.

78.— En la célebre insurrección de negros que tuvo lugar en la Serranía de Coro en 1795, en la cual flotó como bandera gloriosa el ideal de suprimir la esclavitud, y con la cual comenzó el movimiento revolucionario de la emancipación política de Venezuela, según señalamiento hecho por el doctor Gil Fortoul, insurrección tan magistralmente historiada por el doctor Pedro Manuel Arcaya, figuró con mucho relieve y de una manera sospechosa para los funcionarios judiciales, el doctor Pedro M. Chirino. Este ilustre personal, bastante controversial por las ideas que sustentó o que se le atribuyen, hizo sus estudios en la Universidad de Santo Domingo, recibéndose de Bachiller en Filosofía en 1782. Cabe suponer que sus sentimientos abolicionistas se caldearon en su espíritu durante los años que residió en Santo Domingo frecuentando las aulas de su Alta Casa de Estudios.

79.— En el primer Sínodo Diocesano celebrado en esta Iglesia, durante la prelación de Don Alonso de Fuenmayor, que fue su primer arzobispo, se instituyó un canon acerca del bautismo de los negros que se importaban a esta Isla procedentes de Guinea y de otras partes del continente africano. Se preceptuaba que debían permanecer previamente instruyéndose durante treinta días en los rudimentos de la doctrina cristiana antes de recibir las aguas regeneradoras del primero de los Sacramentos. Este precepto fué ratificado más tarde, en 1576, por otro Sínodo celebrado por el arzobispo Don Andrés de Carvajal. Aunque en los debates de este último hubo opiniones contrarias, pues se adujo que muchos podían morir sin alcanzar el bautismo, prevaleció el criterio del mencionado Prelado en el sentido de que se mantuviera el canon de las primeras constituciones sinodales.



80.— El Concilio Provincial de Santo Domingo reunido en esta ciudad desde el 21 de septiembre de 1622 hasta el 26 de febrero de 1623, único celebrado hasta ahora por la Provincia Eclesiástica Dominicana, para entonces integrada por el Arzobispado de Santo Domingo y por las diócesis de Puerto Rico, Cuba, Venezuela y la abadía de Jamaica, se preocupó notablemente por las suerte de los indios, que solamente los había en Venezuela, y por los negros esclavos a que preferentemente llamaba *etíopes* en las constituciones sinodales. Entre las mas interesantes notamos la de “oir misa y visitar la iglesia por lo menos seis días festivos cada año, donde deberán ser instruídos en la doctrina evangélica por sus párrocos. . . y si los dueños de los etíopes rehusaren hacerlo, el Prelado aplíqueles todos los remedios de derecho.” En otro canon del famoso Concilio se preceptúa: “V.— Los esclavos no sean ajustados por nadie, ni contratados en los días festivos, bajo pena de excomunión. Ningún dueño de etíopes arriende sus esclavos en días festivos para ejecutar trabajos serviles, ni nadie los contrate, bajo pena de diez pesos de plata por la primera vez, en los mismos días; mas, si lo hicieren una segunda vez, incurrirán en excomunión.”

A este célebre Concilio Provincial asistió como abad de Jamaica y ya electo obispo de Puerto Rico, cuya consagración recibió entonces en nuestra Santa Iglesia Catedral, el famoso poeta Bernardo de Balbuena, autor de *La grandeza mexicana*, de *El Bernardo*, de la novela pastoril *El siglo de oro*, y de otras obras muy celebradas. De su paso por la Ciudad Primada de las Indias, donde pocos años antes había residido otro grande de las letras, Tirso de Molina, hay huellas en los libros parroquiales de nuestra Catedral y de conserva una tradición, que recogió el historiador puertorriqueño doctor Cayetano Coll y Toste, relativa a un sueño tenido por una monja del Convento de Regina, donde había profesado Sor Leonor de Ovando, primera poetisa de que hay noticia en la historia de América.

81.— Según refiere don Manuel de J. Galván, el más renombrado de los literatos que ha producido nuestra patria, la idea de escribir su obra *Enriquillo, leyenda histórica dominicana*, de la cual se han hecho ya unas nueve ediciones, la primera en 1879, surgió en su espíritu en abril de 1873 cuando contempló el acto de abolición de la esclavitud en Puerto Rico. “Entre los recuerdos mas gratos de mi vida —escribe— descuella el de una memorable fecha, en que la plaza mayor de la capital de Puerto Rico no bastaba a contener la multitud de gente de todas las clases, que además de cubrir el pavimento se apiñaba en los balcones y las azoteas circunvecinas. Desde el balcón central del palacio de la Intendencia un hombre arengaba con ademán solemne, con sonoro acento, aquella innumerable cuanto silenciosa multitud. Aquel hombre estaba investido de todos los atributos



del poder, ejercía la autoridad absoluta en la Isla, era el gobernador capitán general Don Rafael Primo de Rivera, y en aquel momento cumplía un bello acto de justicia proclamando en nombre de la Nación Española la abolición de la esclavitud en la hermosa Borinquen: y además se mostraba prudente y experimentado hombre público, practicaba un acto de cristiana caridad, inculcando las sanas ideas de orden y deberes, espíritu de fraternidad, respeto a las leyes y amor a sus semejantes, en el ánimo de los conmovidos libertos, que escuchaban aquel inspirado lenguaje derramando lágrimas de viva gratitud.

Ruidosos y entusiastas vivas a España terminaron aquella escena sublime.

A impulsos de la profunda impresión, del júbilo indecible que en mí causó tan espléndido triunfo de la justicia sobre una iniquidad secular, recorrí con el rápido vuelo de la imaginación la historia de América, y buscando analogías morales en los primeros días de la conquista, mi mente se fijó complacida en las grandes figuras de un compatriota de usted, el ilustre filántropo fray Bartolomé de Las Casas, y un compatriota mío, Enriquillo, último cacique de la Isla de Haití o Española, hoy Santo Domingo.

Desde entonces formé el atrevido propósito de escribir este libro, y dedicarlo a la insigne *Sociedad Abolicionista Española*.

Pero después de borrar su primera parte, me convencí de que la obra, para responder a su objeto, exigía dotes y competencia muy superiores a las mías, y el manuscrito durmiera sueño de olvido, a no intervenir la eficacia de mi bondadoso amigo, el reverendo presbítero Don Francisco Xavier Billini, que no solamente me exhortó a publicarlo, sino que tomó a su cargo la edición de esa primera parte de *Enriquillo*.” (De la Carta que sirve de dedicatoria a la primera edición completa de la famosa obra, Imprenta de García Hermanos. Santo Domingo, 1882, dirigida al ilustre republicano Don Rafael María de Labra, Presidente de la Sociedad Abolicionista Española).

82.— Para conmemorar el grandioso acontecimiento de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, por cuya realización afanaron con tan ingente empeño el doctor Betances y Baldorioty de Castro, dos ápices de la proceridad antillana hijos de padres dominicanos, fué construído en la ciudad de Ponce un parque de recreo que fué bautizado con el nombre de *Parque Abolición*. Con tan justiciero y cívico motivo el insigne periodista, político y orador dominicano don Eugenio Deschamps, para entonces residente como expatriado en la vecina Isla y adscrito al liberalismo



político, dió a la estampa en el diario *La Democracia*, que originalmente apareció en *La perla del Sur*, que lleva el nombre del célebre *Capitán del Higüey*, una serie de importantes artículos que fueron recogidos en un folleto de 32 páginas, impreso en la Imprenta La Democracia, en el año 1896, bajo el título de *Libres!*

83.— El día 8 de abril de 1861, el Brigadier Don Antonio Pelaez Campomanes, comandante de las primeras tropas peninsulares españolas que arribaron a Santo Domingo después de proclamada la Anexión, dictó a su brigada una Orden del Día cuyo primer precepto dice: "1.— No existiendo esclavitud en este país, e iguales en derecho todos sus ciudadanos, la clase de color goza de las mismas consideraciones que la blanca." El segundo artículo reza, "2.— Consecuencia natural de lo expuesto es, que haya en la Isla señores Generales, Gefes y Oficiales de color y blancos, pero que a todos se han de tributar iguales respetos y consideraciones que las que señalan las reales ordenanzas a las respectivas jerarquías." El propio general Santana, en la Proclama que publicó en Azua el 16 de Junio del mismo año, ratificó que la base primordial de la Anexión era la promesa real de que jamás se restablecería la esclavitud en nuestro territorio, y fulminaba serias amenazas a quien propagara lo contrario, señalando que esas eran propagandas haitianas que carecían de base.

84.— La idea de extinguir entre nosotros todo vestigio de la esclavitud fué preocupación principalísima de nuestros próceres, pues era algo que estaba en la médula del pueblo, siempre amante fervoroso de la fraternidad y de la fusión de las razas. De ahí que, como dijo el historiador y repúblico español Don Nicolás Estevanez, "el primer acto importante de Boyer, aplaudido francamente por los dominicanos, fué la abolición inmediata y completa de la esclavitud... Esta medida justa y necesaria no causó perturbación alguna, porque los esclavos negros de la parte española no habían sido nunca maltratados como en la parte francesa, que de haberlo sido, la esclavitud de los negros hubiera sido sustituida por la de los blancos." *Resumen de Historia de América*, pág. 446). Cuando ocurrió la Ocupación haitiana de 1822, que llevó a cabo, por segunda vez, tan grandioso y saludable acto abolicionista, "esta medida estaba premeditada para hacerse paulatinamente por medio de un fondo de manumisión" por el orden de cosas instaurado por el doctor Núñez de Cáceres, según se lee en la Exposición hecha en 1843 por los constituyentes Báez, Valencia, Díaz de Peña, Tejera, Abreu, Rojas y Castillo al Cónsul Levasseur. (Colección Trujillo, vol. 14, pág. 366).

En la *Manifestación* del 16 de Enero de 1844, que anguló la proclamación separatista del 27 de Febrero, se garantizó "la libertad de los ciudadanos, aboliendo para siempre la esclavitud, y la igualdad de los



derechos civiles y políticos, sin atender a las distinciones de origen ni de nacimiento." Por eso, al constituirse el primer Gobierno Nacional, la Junta Central Gubernativa, su primera Resolución fué "que la esclavitud ha desaparecido para siempre del territorio de la República Dominicana", advirtiéndole que el que propagare lo contrario "será considerado como delincuente, perseguido y castigado". Ese mismo año de gracia decía el general Santana: "Hijos de un mismo Dios, todos somos hermanos, todos iguales, todos libres, y la esclavitud, parto del Averno, invención de la codicia humana, ha desaparecido para siempre de entre nosotros". (*Proclama* del 14 de Julio de 1844). Otra Resolución de la Junta Central Gubernativa del 17 del mismo mes y año, era esencialmente ratificadora del abolicionismo que palpitaba en el pecho de todos los dominicanos. En el Pacto Fundamental, promulgado el 6 de Noviembre, el magno principio quedó sustantivamente consagrado: "Los dominicanos —dice el Art. 14— nacen y permanecen libres e iguales en derecho, y todos son admisibles a los empleos públicos, estando para siempre abolida la esclavitud." Este precepto figuró en nuestra Constitución hasta la Reforma de 1907, que eliminó la ominosa palabra *esclavitud* del texto de la Carta Magna, considerando que "la libertad personal" comprende la libertad absoluta. Por cierto que la mencionada Reforma estableció "el libre tránsito, sin necesidad de pasaporte por todo el territorio de la República y la libre elección de residencia." Estableció también la inviolabilidad de la vida y la abolición de la pena de muerte. . .

85.— Observa el doctor Don Américo Lugo que el Presidente Don Buenaventura Báez "nunca fué amigo de los Estados Unidos con anterioridad a la Proclama de Emancipación del primero de Enero de 1863, lanzada por Lincoln. . . En las manos expertas del presidente Báez, removido ya el inconveniente de la esclavitud, el proyecto sobre Samaná se convirtió en un plan de anexión. . . Después de la Restauración de la República Dominicana y de la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, el secretario de Estado norteamericano, W. H. Seward, que era un gran expansionista y que estaba empeñado en anexar nuestra República o por lo menos, en obtener a Samaná, hizo una visita al presidente Báez el 15 de Enero de 1866, enviado, no por Lincoln, como dice J. G. García en su *Historia Moderna*, sino por el presidente Johnson: pero fué derrocado Báez ese mismo año." Como se ve, la desaparición de la esclavitud en los Estados Unidos, que hizo derramar tanta sangre y que provocó la tremenda *Guerra de Secesión*, abrió caminos a nuestros anexionistas; pero Luperón, Bobadilla, Cabral, Pimentel, Billini, Meriño García, Cestero, Tejera y otros patriotas de pluma y de espada frustraron tan proditorios proyectos.

86.— Cuando el 8 de Marzo de 1844 la Junta Central Gubernativa integrada por Bobadilla, Sánchez, Caminero, Valverde, Mercenario,



Echavarría y Moreno, acordó por medio de una Resolución “ceder a perpetuidad a la Francia la Península de Samana” y, desde luego, la famosa bahía, lo hizo “bajo la precisa estipulación de que en dicha Península jamás habrá esclavitud.” Así lo especifica el texto del artículo Sexto de la discutida *Resolución*, dada a conocer por primera vez por el poeta y diplomático Dr. Ricardo Pérez Alfonseca en el número 11 de la revista *La Opinión*, S. D. 21 de abril 1923.

87.— La fusión racial que caracteriza desde el punto de vista étnico a la familia dominicana, integrada por blancos, indios y negros, tiene su expresión lírica en la siguiente octava que figura en uno de los himnos o cantos patrióticos de Duarte:

Los blancos, morenos,
cobrizos, cruzados,
marchando serenos,
unidos y osados,
la Patria salvemos
de viles tiranos,
y al mundo mostremos
que somos hermanos.

Moreno es sinónimo de negro; *cobrizo* era el color de nuestros aborígenes, por lo que el historiador puertorriqueño Don Salvador Brau, hablando de los indios antillanos, dice: “Tenían estas gentes la epidermis de un color rojo *cobrizo* el cabello lacio y muy áspero, las mandíbulas salientes y los ojos negros y ligeramente oblicuos.”

Cruzado se aplica al nacido de padre y madre de raza diferente, y con especialidad al hijo de hombre blanco e india, o de indio y mujer blanca; es sinónimo de *mestizo*. Como se sabe, el Padre de la Patria y “único fundador de la conciencia nacional,” llevó a cabo una ingente labor de igualdad y de confraternidad nacional, eliminando en absoluto los residuos coloniales del prejuicio racial, principios que supo insuflar con energía de carácter a sus amigos y a su pueblo. (*En torno a Duarte y a su idea de unidad de las razas*, en el número 100 de la revista *Clío*, julio diciembre 1954).

88.— Duarte no fué en manera alguna nada que se asemejara a racismo; y en cuanto a nuestros coterráneos insulares, se expresó: “Yo admiro al pueblo haitiano desde el momento en que, recorriendo las páginas de su historia, lo encuentro luchando desesperadamente contra poderes excesivamente superiores, y veo como los vence y como sale de la triste condición de esclavos para constituirse en nación libre e independiente. Le reconozco poseedor de dos virtudes eminentes, el amor a la libertad y el



valor". Comprende, empero, que "entre los dominicanos y los haitianos no es posible una fusión". Pero esa imposibilidad se basa en razones de orden ideológicos y político. Pues mientras imperan tremendos prejuicios raciales y de castas, del otro lado del Pedernales y del Masacre, y en su organización política ha existido un reino y dos imperios, con reyes, emperadores, príncipes, duques, condes, marqueses y barones "tan risibles o mas que los de Europa" como dice don Nicolás Estévez (Resumen de Historia de América, pág. 451). Los dominicanos, empero, siempre vieron con desdén los títulos nobiliarios de Castilla, como lo señala Delmonte y Tejada, en razón de la franqueza con que se dispensaban (Historia de Santo Domingo, t. II, p. 75). Aquí hasta se llegó a legislar prohibiendo en las comunicaciones oficiales los términos y tratamientos de tenor y colorido monárquico.

Pero a buena verdad que es necesario, indispensable, confraternizar con nuestros hermanos insulares, pues nos acerca y nos unen intereses comunes de importancia vital, que ningún estadista puede ignorar. Desde hace cerca de un siglo don José G. García habló de "los respectivos principios políticos y doctrinas sociales" que profesan los dos pueblos que se comparten el dominio de la Isla. Su trabajo titulado *La Idea separatista* (1883) es digno de ser conocido, así como la obra fundamental del eminente publicista Price-Mars. Se las recomendamos a nuestra juventud de la nueva hornada.

